punto inútil, puesto que el inspirado poeta veracruzano conviene conmigo en que á veces su excesivo amor á la concisión le hace caer en lo obscuro.

Dice el Sr. Díaz Mirón:

"El horror á la difusión y el deseo de ser lacónico me arrojan frecuente á extremos tales, que á veces me asemejo á la esfinge que en el camino de Tebas proponía enigmas á los viajeros beocios. Por huir de aquel prosaísmo, de aquella insípida claridad que hizo temer á un ilustre crítico de las "Horas de Ocio," que Byron no sería más que un coplero, y sobre todo, por virtud de yo sé qué imperioso instinto de concisión que me domina, caigo aquí y alla en lobregueces como la que me ha sido señalada."

En último análisis, yo no he dicho otra cosa, y sólo me resta felicitarme de que el poeta, conociendo la profundidad del abismo á que su temperamento lo lanza, éste, cuando menos, en vía de apartarse de él. A su claro talento no puede escaparse que esas lobregueces — por más que le sea facil explicar el origen de éllas — quitan á sus composiciones la tersura, la limpidez, necesarias á toda obra de arte verdaderamente duradera.

Recuerde el Sr. Díaz Mirón que el verdadero arte no nació ni floreció en Laconia, sino en Atenas.

*

Por lo que toca á su cuarteta que comienza: *Sombra y desolación* etc., diré que, aunque positivista y herético, alguna vez he recorrido las páginas del Nuevo y del Antiguo Testamento, y que el libro sibilino del profeta de Patmos no me es desconocido. Al censurar la figura que emplea el poeta al comparar el genio de Byron con el *pálido* corcel en que San Juan hace cabalgar á la Muerte

en uno de sus versículos, no ignoraba de donde era tomada aquella figura. Lo que yo censuré fué la aplicación de élla, y de esa aplicación el bardo veracruzano se declara responsable. Me explicaré con más extensión para que se conprenda en qué consiste mi censura. Acepto la comparación entre la época en que Byron vivió, sufrió y cantó, y la pavorosa escena apocalíptica, pero como, á mi ver, San Juan,—á quien yo no puedo conceder otro carácter que el de poeta simbólico—al montar á la Muerte á caballo, quiso expresar por ahí la rapidez con que élla cumple con su destructora misión, no acierto á comprender la relación que pueda haber entre el corcel y el genio de Byron, y lamentaría que, para aclarar el punto, fuera necesario la interpretación de otros setenta teólogos y orientalistas. Además, aquello de *codiciaba palmas* huele de á legua á ripio, pues no está ligada esa frase con el sentido general de la cuarteta. Finalmente, el último verso de élla:

en ese apocalipsis de las almas,

se presta á ser comentado de la siguiente manera:

En ese—¿cuál?—*apocalipsis de las almas*—¿qué significa eso?—*Apocalipsis* quiere decir *revelación* y si sustituimos, como en álgebra, apocalipsis por su equivalente, queda: "En esa revelación de las almas." Sólo cambiando la proposición *de* por *para* sería la frase comprensible, y áun así se necesita cierto esfuerzo de imaginación para comprenderla.

*

Voy ahora á ocuparme en examinar la famosa cuarteta de la Oda "A Byron," que dice;

Fuiste un loco? Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor..... ni nada!

Al censurar esta cuarteta, creí que el poeta había querido decir que el artista, el vidente, el paladín y el redentor, para nada necesitan del sentido común, y paréceme que no sólo debe interpretarse de esa manera, sino que, al desaguisado que hace el poeta al pobre sentido común, hay que añadir el hecho de llamarle *razón menguada*. Pero según se desprende de lo que el Sr. Díaz Miron alega en defensa de su cuarteta, el poeta no quiso decir lo que dijo. Y bien, yo entiendo que lo que quiso decir no es menos falso que lo que dijo. Que no dijo lo que quiso decir, se comprende mejor si se advierte que el poeta, tan dado á la antítesis y tan ducho en manejarla, en esta cuarteta no muestra su habilidad. La locura y el sentido común noson antitéticos. Lo contrario de la locura es la sana razón, así como la estupidez es lo contrario del sentido común. De la estupidez puede decirse no sólo que es nau razón menguada, sino hasta que es una razón ausente, pero ni una ni otra cosa puede decirse del sentido común. Por eso, para encontrar sentido á la cuarteta, hay que suponer que el poeta lanza su anatema contra la sana razón, contra las funciones normales de los cerebros no sujetos á un estado patológico. Y hay que convenir en que esta suposición no es gratuita desde el momento en que el Sr. Díaz Mirón ha llamado al genio *sagrada enfermedad psíquica*.

Entrando ahora en otro orden de ideas, debo decir al poeta veracruzano que no me parece tan despreciable ni merecedor de tanta inquina el sentido de la generalidad, el sentido de la multitud. Ese sentido—el sentido co-

mún—es y debe ser siempre el elemento primordial del genio, es decir, la base sobre la cual se asienten las facultades excepcionales de los VERDADEROS artistas, videntes, redentores y paladines.

Y esto es tan cierto, tan incontestable, que el mismo Díaz Mirón lo admite al decir que la poesía, la gran poesía, "es el reflejo, la síntesis de una época, la soberana y palpitante expresión de las esperanzas y de los recuerdos, de las creencias y de los ensueños, de los odios y de los amores, de las tendencias y de las preocupaciones, de las glorias y de las miserias de un pueblo, de una raza, de una generación,—del hombre en un momento histórico;" y al añadir que su Musa es el siglo, el pueblo, la patria, la humanidad, "con sus virtudes y sus vicios, con sus regocijos y sus dolores, con sus energías y sus flaquezas, con sus heroísmos y sus crímenes, con sus perfecciones y sus deformidades, con sus ideales y sus pasiones, con sus piés de monstruo y sus alas de angel."

Esa Musa es la de todos los verdaderos poetas, y esa Musa no puede vivir sin el sentido común ni menos despreciarlo, puesto que ese sentido es el de la humanidad, el del pueblo, el de la patria, y, no sólo el de un siglo, sino el de todos los siglos.

Harto prueba lo antes dicho el hecho de que cada vez que—reduciéndome á la literatura—el gusto artístico ha sufrido algún extravío—como el que se hizo tan notable en los libros de caballería, como el que se llamó gongorismo, como esos que se han llamado clasicismo, romanticismo y naturalismo (en sus exageraciones por supuesto)—ha bastado que un hombre de genio volviera á la literatura el sentido común, proscrito por las vicisitudes de la lucha, para que ese extravío desapareciera.

Pero, ya que á este punto llegué, voy á hablar un

poco sobre el *Quijote*. El Sr. Díaz Mirón anda desacertado al ver á Sancho con tan soberano desprecio. Yo tengo para mí que, si Cervantes y el fondo filosófico de su libros están representados en algún personaje de éste, es en el bellaco escudero y en su *gros bon sens*. Ensanchando la metáfora diré que, así como Cervantes está personificado en Sancho, en D. Quijote lo están los autores de *Tirante el Blanco* y de *Palmerín de Inglaterra*. Sancho Panza es el arte con el sentido común por base; D. Quijote es la *eofermedad psíquica*. Por lo demás—y perdóneme el Sr. Díaz Mirón que se lo diga—al leer los epítetos que ha aplicado al Caballero de la Triste Figura, háseme antojado que si el ilustre Manco de Lepanto resucitara y viera que todavía, en el último cuarto del siglo XIX, hay literatos, verdaderos literatos, de instrucción y talento, que llaman *alado* y *magnánimo* á D. Quijote, volvería más que de prisa al sepulcro, diciendo con tristeza: "Perdí mi tiempo y gasté en balde mi tinta."

Pero vuelvo á lo que antes dije respecto á que el sentido común ha siempre bastado para corregir al arte en sus descarríos. En este siglo, en el campo de la literatura hanse librado dos grandes combates: el que, teniendo á Víctor Hugo por campeón del bando reformador, dió por resultado final la muerte de Clasicismo; y el que hace pocos años sostienen los realistas en contra del Romanticismo, triunfador en 1830. ¿Por qué cayó el Clasicismo? ¿Por qué el Romanticismo se va? Porque aquél, enamorado de la antigüedad, había implantado un procedimiento falso, presentando, en lugar de hombres, ciudadanos romanos ó atenienses, trasformando las obras del arte en fríos ó inmóviles bajorrelieves; y porque el segundo, el Romanticismo, buscaba en la Edad Media sus inspiraciones, y creó otro procedimiento también falso y exclu-

sivista, reemplazando á los romanos y atenienses por cruzados y burgraves, y sólo huyó de la razón fría de la edad antigua para caer en la demencia de otra edad. Pero el sentido común hablaba por la boca de los románticos cuando éstos, para atacar al Clasicismo, gritaban: "ya no queremos personajes históricos; queremos hombres;" y habla también por boca de los realistas cuando éstos dicen hoy "los románticos no nos dan lo que nos prometían; sus hombres no viven ni piensan, deliran."

Así, en medio de las diferentes escuelas literarias, en medio de las continuas evoluciones del arte, queda siempre la humanidad exigiendo á los artistas que no la calumnien, que para estudiarla no la vean bajo la prisma de un temperamento excepcional ni bajo la influencia de una enfermedad psíquica. La humanidad sólo ama é inmortaliza á aquéllos que la han bien comprendido, que nada nuevo han querido revelarle—porque élla es vieja, viejísima, y todo lo sabe—y sólo le han dicho lo que élla ha sentido, lo que élla ha pensado, lo que élla ha sufrido. En cuanto á los poetas, sus predilectos son aquéllos cuya Musa se mira en la fuente de Castalia; pero huye de esos enfermos del espíritu, cuyo numen se debate en sus ondas, presa de tetánicas convulsiones.

III

Un periódico de Veracruz, *El Ferrocarril*, al hacer referencia á los dos anteriores artículos, en que he procurado aclarar los conceptos que encerraba mi crítica de la Oda "A Byron" y contestar á las observaciones que me ha hecho el Sr. Díaz Mirón, encuentra desacertadas mis apreciaciones sobre Cervantes y D. Quijote, y en apoyo de esta su opinión traduce un bellísimo artículo

de ese egregio artista á quien, con tanta justicia como á Teófilo Gauthier, puede calificarse de "cincelador de la palabra," y que se llamó Paul de Saint Victor: La lectura de este artículo me ha hecho notar que los párrafos de los míos en que traté igual asunto, son frecuentemente obscuros y pudieran dar margen á interpretaciones completamente contrarias á mi entender y á mi sentir. Por eso creo indispensable aclarar mis propias aclaraciones.

Y nadie extrañe que tal haga, puesto que la interpretación de la obra egregia del ilustre Manco de Lepanto, es asunto que grandes dificultades presenta y ha dado orígen á discusiones interminables, planteando problemas áun no resueltos. Muchos célebres ingenios, de distintos países y en distintas épocas, han intentatado desentrañar un oculto sentido, cuya existencia han entrevisto ó creído entrever, de las inmortales páginas del *Quijote* pero es aún punto no dilucidado si tal sentido oculto existe realmente á si es pura ficción de los que en buscarlo se han ocupado.

Por tanto, si en algunos puntos difiere mi opinión de la del atildado autor de *Hommes et dieux,* sírvame de excusa el hecho de que, como yo hayan opinado escritores no menos ilustres que él,—mejor dicho, que yo opine como ellos.—Sin ir más léjos, citaré á D. Manuel de la Revilla, conocido y reconocido como uno de los críticos más profundos, eruditos y discretos,—si no es que sea el que en más alto grado ha poseído esas cualidades—el cual, en su estudio que lleva por título *La interpretación simbólica del "Quijote,"* hace sobre la materia reflexiones que servirán de base á las que yo voy á hacer, tomando á las veces párrafos completos del citado estudio.

No niega D. Manuel de la Revilla que tenga el *Quijote* un fin de profunda trascendencia, y acepta que

en ese libro está retratada la oposición eterna entre lo real y lo ideal; pero hace, al aceptar esto último, ciertas salvedades, y rechaza absolutamente la idea de que Cervantes se hubiera propuesto, al escribir su obra, aquel fin trascendental. Dice á este propósito, para hacer más comprensible su idea, que hay dos *Quijotes:* el uno *eterno* y el otro *histórico.* El *Quijote histórico* fué el que pensó Cervantes: sátira contra los libros de caballería, que sólo pudieron apreciar los hombres de aquella época y que hoy solo estiman los letrados; y el *Quijote eterno,* cuadro inimitable de la vida humana universal, que no conocieron ni Cervantes ni los hombres de su tiempo y que admiró después, hoy admira y admirará siempre el mundo entero. El *Quijote eterno,* dice Revilla, es el producto de lo que hay de inconsciente é incognoscible en el espíritu, y singularmente en el genio.

Razones de mucho peso aduce Revilla para demostrar que Cervantes no pudo proponerse que su libro tuviera la trascendentalísima significación que hoy le damos, y la razón de más peso, entre las que aduce, paréceme que es el hecho incontrovertible de que en España, por los tiempos en que el *Quijote* apareció, "no reinaba más que un solo ideal, en lo religioso, en lo político y en lo doméstico, ideal representado en estos tres grandes sentimientos, inspiradores constantes del arte de aquella época: la fé católica, la fé monarquica, el honor castellano;" y por lo mismo no podía ocurrírsele á Cervantes, por más perspicaz que se le suponga, poner en pugna la realidad con la idea; porque eso significaría que había visto y sentido lo que no veían ni sentían, lo que no era posible que vieran ni sintieran sus contemporáneos.

De no menos peso es la otra razón que el discreto

crítico español alega en favor de su tesis, en las siguientes líneas:

"Decir sin ulterior esplicación que el *Quijote* representa la oposición entre lo ideal y lo real, es cometer un error filosófico á inferir un altraje, no sólo á Cervantes, sino á la humanidad. Con efecto, ora representen Don Quijote el ideal y Sancho la realidad, ora ésta se halle representada, no por el segundo sino por la acción general de la obra, el resultado que arrojaría el estudio de la inmortal novela de Cervantes, una vez aceptada de plano y sin más esplicaciones la teoría á que nos referimos, seria que el *Quijote* es una sangrienta sátira del ideal, una negación del progreso humano, una mofa de cuanto hay de bello, de noble y de grande en la conciencia y en la vida.....

.... "En la lucha sostenida por D. Quijote contra la realidad, es vencido y sucumbe abrumado bajo el peso del ridículo. Si D. Quijote personifica el ideal, resulta, por tanto, no sólo que el ideal está condenado á permanecer eternamente en el estado de utopía sino que al intentar encarnarse en el hecho ha de sucumbir siempre, siendo su derrota merecida y digna de aplauso, toda vez que el ideal se identifica con lo ridículo. En tal caso, la virtud, la abnegación, el heroismo, la lucha por el bien, la aspiración á lo perfecto serían objetos merecedores de burla y escarnio.....

.... "Tal sería la enseñanza filosófica y moral de ese libro, sangriento escarnio de todo lo bello y todo lo grande, burla monstruosa digna de ser concebida por el espíritu del mal."

Estando, pues, convencido como estoy, por estas y otras muchas razones, de que Cervantes no pudo tener la conciencia del simbolismo trascendental de su obra,

natural era que, al considerar al *Quijote* con relacion á la personalidad de su autor, desechara toda interpretación agena al móvil que guió á éste para producirla. Por eso escribí: "Cervantes es en la humanidad (siempre refiriendo ésta al arte) como Sancho Panza, su creación, el representante genuino del sentido común." Porque, reduciéndose al *Quijote histórico*, es indiscutible que si—como en otra parte dije, aunque con distintas palabras—en D. Quijote, personaje *ridículo*, están representados los libros de caballería, obras *ridículas;* en Sancho, que seguía, á su amo, lo aconsejaba y se mofaba de él, está representada la literatura que nació con el *Quijote*, la cual persiguió á la caballeresca, para correjirla de sus extravíos y mofarse de élla. Ahora bien, si, así como he sustituído los personajes á las obras, sustituyo á las obras sus autores, viene á representar D. Quijote á los autores de los libros de caballería y Sancho á Cervantes.

Paréceme que razono con irreprochable lógica; pero quiero, sin embargo, advertir que no debe darse á mis palabras un sentido absoluto, sino uno enteramente relativo, no tomando en cuenta la interpretación simbólica del *Quijote*.

En apoyo de mi opinión, conforme á la cual Cervantes representa el sentido comúm, es decir la sensatez, citaré otra vez á D. Manuel de la Revilla:

"*El Quijote*, dice, es concepción fecunda en enseñanzas bajo el punto de vista práctico. Es un libro realista, debido á un *espíritu en alto grado positivo*, y producto de una discreción, una experiencia y un conocimiento de la realidad superiores á todo encomio. No es la obra de un soñador idealista ni de un escéptico sarcástico, sino de un entendimiento agudo y penetrante, *enemigo de exageraciones* y que ve claramente el verdadero aspecto de

las cosas. No es tampoco la creación consciente de un poeta filósofo que quiere elevarse á una concepción trascendental, como generalmente se piensa, sino el eco del BUEN SENTIDO y de la experiencia, que ponen las cosas en su debido punto y advierten al hombre el camino que debe seguir en la vida para librarse de deplorables extravíos. Si hay allí alguna filosofía, no es otra que la del SENTIDO COMUN y la razón práctica."

Y, para terminar, citaré otro párrafo del artículo del ilustre crítico español, en apoyo del símil que he hecho entre Cervantes y Sancho. Dice Revilla:

"Si Cervantes fué alguna vez idealista, de fijo no lo era cuando concibió el *Quijote*; antes, aleccionado por la experiencia, parecíanle ridículas las ilusiones que engañan y extravían á los hombres. Había en su carácter un fondo ingénito de discreción y *buen sentido* que debía apartarle de tales delirios.....

.....,.....

"El hábil pintor de las costumbres de rufianes, daifas, galeotes y demás cofrades de la Germanía y devotos de la penchicarda, el autor regocijado de *El coloquio de los perros, La tía fingida* y *Riconete y Cortadillo,* si algo tuvo de Quijote en su juventud, llegado á la edad madura (es decir, cuando fué autor del *Quijote*) tenía más puntos de contacto con Sancho Panza....."

Después de esto paréceme que puedo ya decir al insigne poeta Díaz Mirón que, si no niega á Cervantes las cualidades de artista, de paladín, de redentor (de la literatura)—que le da el *Quijote histórico*—y la de vidente—que le da el *Quijote eterno*,—tiene que confesar que la cuarteta aquella, que nos ha hecho á él y á mí, escribir tantas cuartillas, es una simple *boutade*, y no encierra un pensamiento verdadero, ni menos filosófico.